



Sobre dónde hemos perdido el país y cómo recuperarlo

Hélan Jaworski

Director de Palestra / Presidente de la Comisión Organizadora de la Facultad de Gestión y Alta Dirección de la PUCP

Síntesis: Una visión crítica acerca de las dificultades que tenemos para construir nuestra noción de futuro como país. Un artículo que coloca en el debate el tema de la recuperación del Perú para los peruanos como tarea que requiere de una voluntad orgánica del Estado, de enfoques de largo plazo y de la inclusión de diversos sectores donde se incentive la innovación, se practique la solidaridad y se forje el pensamiento crítico.

El primer punto de un nuevo e hipotético acuerdo nacional, podría ser “Es urgente recuperar el país para los peruanos”. Frente a ello, la pregunta pertinente no debiera ser cómo y cuándo lo perdimos, sino cómo y cuándo podemos recobrarlo. Habrá quienes insistan en que ahí está, que no se ha ido, que tenemos un pueblo de millones y que nos asentamos sobre un territorio con fronteras bastante precisas.

Lo anterior es cierto y sin embargo es también notoriamente insuficiente. Estamos en camino o casi hemos llegado a una etapa en la que amplios sectores de la población no se sienten identificados con el país. Casi se podría afirmar que han perdido el ánimo de seguir siendo peruanos.

Una afirmación tan dura como ésta no es un giro literario, ni el prólogo a un manifiesto partidario. Es una dura comprobación de los sentimientos y –más grave aún – de las actitudes de numerosos actores sociales. Aclaremos: los actores sociales no son los señores que todas las noches o casi todas las mañanas salen a declarar ante la cámara de televisión o ante el micrófono de las radios. Son las mujeres y hombres trabajadores, estudiantes, funcionarios, empleados y desempleados, jóvenes postulantes, ancianos jubilados que escuchan las noticias en una combi o parados ante el quiosco de periódicos o en casa, o donde sea y miran casi con incredulidad la primera plana de los diarios. De los primeros reciben la misma dosis de nutrientes para un pesimismo creciente sobre lo que viene y para su casi irracional esperanza en un futuro que está en otra parte.

Pase si esto estuviera limitado a los sectores “excluidos” y a las masas de trabajadores y profesionales que rondan los consulados extranjeros, en busca de visas para salir a tentar suerte en el exterior. Pase que académicamente se nos explique que todo este cambio mental no es sino un subproducto inevitable de la globalización (palabra mágica bajo la cual, como basura bajo una alfombra, se esconden los problemas, los errores y los fracasos).

Lo realmente grave es que sean los que forman parte del estrato de decisores nacionales quienes primero reconocen su orfandad de país. Por ejemplo, la reciente reunión de la CADE 2004, ofreció el testimonio del pensamiento de un puñado de voceros de diversos sectores. Los organizadores habían previsto estimular los intercambios gracias a las intervenciones de cuatro destacados expositores, tres importantes políticos latinoamericanos, un ex presidente y dos mandatarios en ejercicio, a los que se sumaba el vicepresidente del banco central de la más importante potencia asiática, la China. Para el público peruano, preocupado por los temas de la integración y por la mejor manera de conducirse en la instancia de negociar acuerdos de naturaleza económica y predominantemente comercial, era sumamente valiosa la versión directa de quienes ya habían vivido la experiencia.



Fueron cuatro presentaciones que, más allá de su consistencia e impecable calidad formal, tenían en común el transmitir cuán importante era para estos líderes mostrar que sus planteamientos y conductas se habían apoyado sobre: una coherente y orgánica voluntad de Estado; el eslabonamiento y la concordancia entre el diagnóstico de las situaciones nacionales y de las políticas públicas adoptadas; la pertinencia de las posturas y los cambios adoptados apoyados en lecturas de la realidad y enfoques de largo plazo; y finalmente, la atención prioritaria concedida al impacto de todas las medidas nacionales y su implementación sobre la dimensión social de su país, en términos de beneficios netos para los sectores excluidos y más necesitados.

Lo significativo de la reacción de los participantes fue la coincidencia en que lo dicho, aparte de bien dicho y con prescindencia de las formas, era posiblemente lo apropiado a cada realidad, por diversas que ellas fuesen; que igualmente resultaba congruente con las metas fijadas en cada circunstancia, sin que tuviera importancia que se tratase en un caso de un régimen socialista, en otro de uno comunista, en el tercero de una democracia autoritaria y en el último, de un modelo neoliberal. Pero la coincidencia central radicó en la comprobación – no expresada públicamente, probablemente por decoro - de que nuestro país no parecía estar en condiciones de formular un planteamiento equiparable, que carecía de una conducción política orgánica, que faltaba de cohesión social e institucional, que una bien intencionada improvisación reemplazaba las estrategias de mediano y largo plazo y que en los objetivos sugeridos para guiar las negociaciones no se advertía la presencia de los sectores golpeados por la exclusión y por la ausencia del Estado.

Si la broma que recorría la reunión era la de que quizá fuera necesario en el país elegir conductores o mandatarios de otras nacionalidades (como las de los expositores), la conclusión adopta un sabor amargo cuando se suma a la dolorosa comprobación del altísimo nivel alcanzado por nuestra “exportación de cerebros” que nos priva anualmente de decenas si no centenares de miles de profesionales, cuyos costos educativos han sido sufragados por el país y que beneficiarán a otros centros, otras ciudades, otros países. No es necesario ser muy profundos para responder por qué miramos permanentemente hacia fuera, por qué buscamos desesperadamente la respuesta en lo que hacen otros a ver si los podemos calcar o copiar. Los jóvenes sobre todo, se van porque el país no parece ser para los peruanos, no estar pensado sobre un futuro posible para los peruanos, ni estar dirigido para satisfacer los deseos y aspiraciones de los peruanos.

En consecuencia, seguimos perdiendo el país. Los esfuerzos nacionales y regionales, que los hay, resultan insuficientes y sobre todo desarticulados; los recursos, que podría haberlos, se malgastan cuando no desaparecen en los pozos inagotables del clientelismo, el nepotismo o la corrupción; y la decepción y el pesimismo se apoderan de las mejores iniciativas.

Como lo dijimos arriba, es una tarea obligada recuperar el país. La universidad es uno de los bastiones para reparar las pérdidas, reagrupar las fuerzas y puede ser la punta de lanza en una ofensiva que construya puentes sobre los fosos y ataque los puntos neurálgicos de la sociedad peruana donde se han enquistado la falta de solidaridad, el desinterés por la innovación, el pensamiento único del exitismo individual y el rechazo al trabajo riguroso, exigente y de largo aliento. Palestra se ofrece como espacio de intercambio y de soporte de quienes se animen a contribuir en este empeño.